

JUGUEMOS en el BOSQUE

Margarita Borsella

Stella Maris Dodd

Graciela Fernández Coronel

Cecilia Glanzmann

Arié Lloyd de Lewis

Marcelo Bianchi Bustos
Compilador

María Valeria Glanzmann
Ilustradora



Editorial AALI

SERIE LITERATURA
INFANTIL - JUVENIL



JUGUEMOS en el BOSQUE

Autores

Margarita Borsella
Stella Maris Dodd
Graciela Fernández Coronel
Cecilia Glanzmann
Arié Lloyd de Lewis

Ilustradora

María Valeria Glanzmann

Compilador

Dr. Marcelo Bianchi Bustos



EDITORIAL AALIJ

Auspiciado por



DEPARTAMENTO DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL
"Doctora Juana Alcira Arancibia"



Al niño que lea este libro

¡Bienvenido! Este libro llegó a tus manos, lo abriste, diste vuelta las primeras páginas, lo comenzaste a leer y diste con este prólogo. No te voy a aburrir con un largo texto pues solo deseo invitarte a entrar al mundo de los cuentos que te proponen cinco escritoras de la Patagonia argentina.

Las cinco viven muy al sur de este hermoso país, en las localidades de Gaiman y Trelew que quedan en la provincia de Chubut, y es sobre esos lugares, sus paisajes y los seres que lo habitan –en la vida real o en el mundo de los cuentos–, que decidieron escribir estas historias.

Deseamos que las leas y que las disfrutes tanto como nosotros pues para eso están los libros de cuentos, para divertirnos, para imaginar, para volar.

No te interrumpo más en tu lectura. Dale, ¡hermosos personajes te están esperando!

Marcelo Bianchi Bustos



A los mediadores (maestros, padres, abuelos, tíos, etc.)

Este libro de cuentos destinados a los niños es el producto de un trabajo que se gestó en la 38° FERIA PROVINCIAL DEL LIBRO realizada en Gaiman, Chubut, en 2022. Allí tuve el placer de dictar una clase sobre “El bosque en la Literatura Infantil” y luego de una hora de charla, surgió la idea de escribir cuentos sobre el bosque y otros paisajes que podían servir de escenarios para hermosas historias. Cinco escritoras crearon estos cuentos, que están vinculados entre sí no solo por el espacio en el que se crearon, sino por el espacio al que remiten, con todas sus variantes posibles, al de la naturaleza.

Si bien hace referencia al bosque (nosotros los podemos extender a muchos otros paisajes), la escritora española Ana María Matute el 18 de enero de 1998 con motivo de su ingreso a la Real Academia Española dijo:

«Porque el bosque era el lugar al que me gustaba escapar en mi niñez y durante mi adolescencia, aquel era mi lugar. Allí aprendí que la oscuridad brilla, más aun, resplandece, que los vuelos de los pájaros escriben en el aire antiquísimas palabras, de donde han brotado todos los libros del mundo, que existen rumores y sonidos totalmente desconocidos por los humanos, que existe el canto del bosque entero, donde residen infinidad de historias que jamás se han escrito y acaso nunca se escribirán».

Ojalá que este libro que es auspiciado por la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil y el Departamento de Literatura Infantil y Juvenil del Instituto Literario y Cultural Hispánico sea para los niños una puerta de entrada a muchas más historias y al maravilloso mundo de la literatura.

Ah, ¡este es un libro para que lo disfruten! No lo olviden.

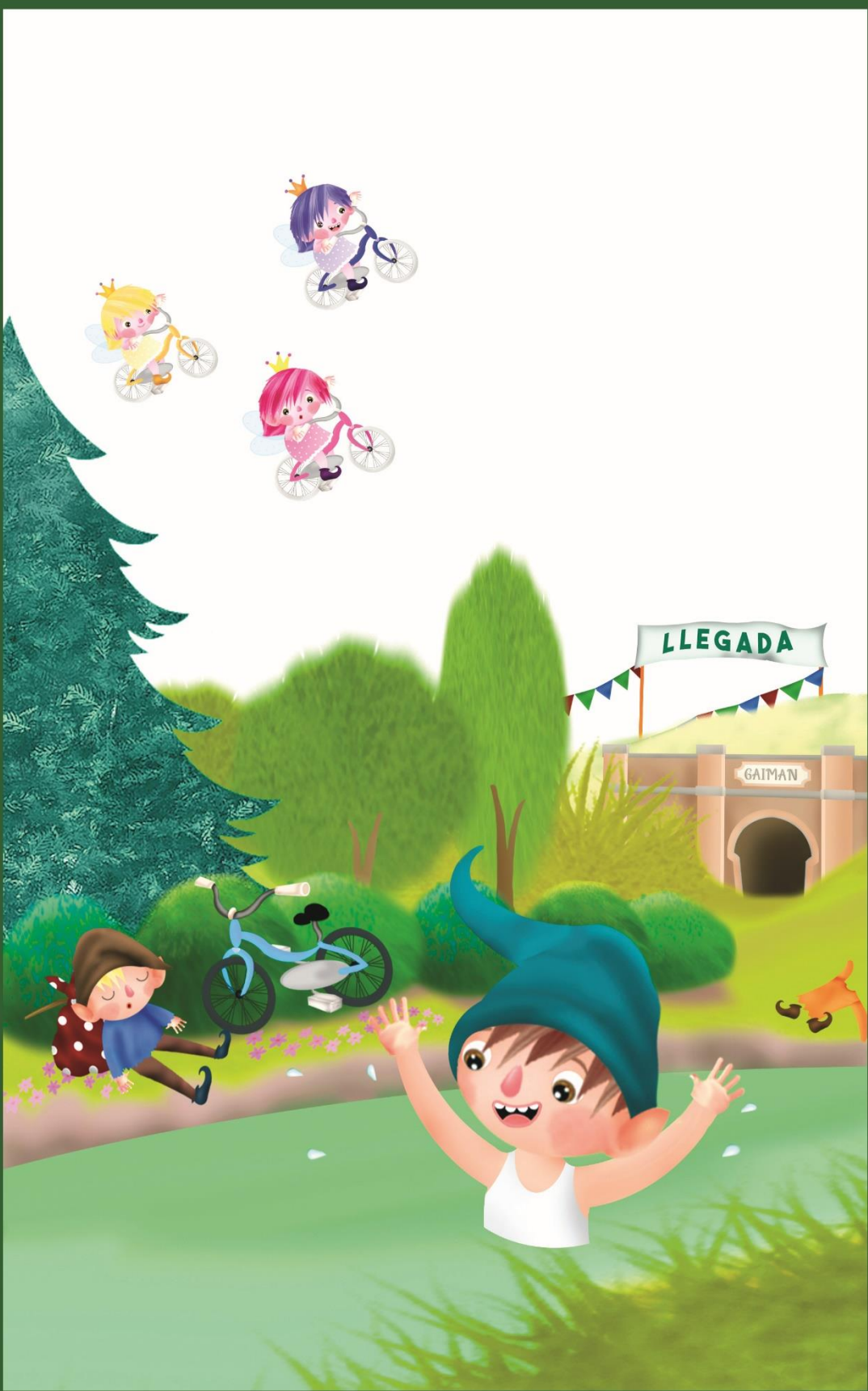
Dr. Marcelo Bianchi Bustos

Presidente de la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil



JUGUEMOS *en el* BOSQUE





ENTRE DUENDES, BRUJAS Y HADAS



Margarita Borsella

Al salir de la laguna que está cerca de aquellos abetos azules en medio del bosque, y dejar a sus amigos flamencos atrás, Jurry –un duende viajero, travieso y juguetón–, vio un cartel que decía Gaiman, pueblo fantástico en donde el próximo sábado habrá una carrera entre duendes y hadas. Se medirá el poder mágico de cada uno y al ganador se le dará la llave dorada del poblado.

Y hacia allí se dirigió el duende.

¡Hola! ¿Este es el pueblo fantástico en donde habrá una competencia?

Sí, claro. Para anotarte debés colocarte en una de esas tres filas, a dos metros de distancia y con barbijo. Supongo que sos un duende, por lo que tenés que ir a la uno.

¿Tres filas? ¿No era solamente entre duendes y hadas la competencia?

Era... A último momento se agregaron las brujas que habían sido encerradas. Fue por orden de las hadas debido a todos los hechizos realizados por Elli Reduard, la bruja madre. Ella obligaba al resto del aquelarre del bosque, a raptar niños para quitarles sangre y luego beberla y recobrar así la juventud. En su afán de volverse niña, desapareció en su propia trampa, pero el resto fueron liberadas.

La competencia se desarrollaría entre las bardas, terminando luego en la costanera del río. Cada uno con su bicicleta. A Jurry le salía humo por la cabeza

pensando cómo podía engañar a las brujas, a las hadas y a los propios duendes, para llegar primero.

Y así comenzó la carrera a toda potencia.

Las hadas pedaleaban parsimoniosamente, pero en forma constante. Sus compañeros duendes comenzaron con alta velocidad, pero pronto iban abandonando por cansancio. Y las brujas de estar tanto tiempo encerradas iban zigzagueando y cayéndose de las bicicletas. Por lo que Jurry pensaba que la carrera sería suya.

Las brujas por hacer trampa y acortar camino, se perdieron en un antiguo túnel de ferrocarril sin salida.

Al pasar por la biblioteca construida sobre el canal del pueblo, Jurry gritó a las hadas.

¡Niñas bonitas: ya no se molesten en seguir pedaleando! ¡La carrera será mía!

El pelotón de bicicletas rosadas venía bastante retrasado. Jurry se tomó su tiempo para refrescarse en las aguas.

No tuvo en cuenta que las hadas tenían alas.



**LOLA SALE
DE PASEO**



Stella Maris Dodd

Lola es una perra Cocker Spaniel joven y movediza, su piel es de color marrón con pelos y orejas muy largas, a tal punto que cuando corre, van barriendo el suelo. Ella vive en Trevelin, en un pueblito de la Cordillera de los Andes.

Una tarde, unos perros amigos del barrio la pasaron a buscar por su casa y se fue con ellos a pasear y jugar por los alrededores.

Era invierno, y en ese lugar suele nevar mucho, así que cuando la nieve cae, cubre de blanco toda la ciudad. Y justamente, en ese momento, comenzó a nevar muy fuerte.

Mientras tanto, Lola estaba muy entretenida persiguiendo a una liebre, que, huyendo de ella, iba escondiéndose entre el follaje de unos y otros arbustos. Ocupada en ese juego, no vio que los otros perros, preocupados por la nieve, regresaban a sus casas, y que ella se quedaba totalmente sola.

La liebre, acostumbrada a esa clase de persecuciones, de un salto, logró ocultarse entre unas ramas y Lola la perdió de vista. Ahí ella se dio cuenta de que sentía mucho, mucho frío. Entonces, decidió volver para cobijarse en el abrigo de la hermosa cucha construida por su familia humana.

Tomó conciencia de su soledad y apuró el paso. Para colmo, mientras ella había estado jugando, la nieve había borrado todos los caminos. Así que caminó y caminó hasta que tuvo que aceptar que estaba perdida.

De tanto andar, y andar, llegó a un bosque pequeño, un poco separado de las inmensas plantaciones de pino que pueblan las montañas nevadas de la Cordillera. Y hacia allí se dirigió. Mientras olfateaba muy preocupada los alrededores de la entrada, escuchó una voz muy grave que la detuvo.

—¿Dime quién eres y de dónde vienes?

Primero Lola se asustó y corrió a esconderse detrás de una retama. Luego, levantando sus largas orejas para escuchar mejor, asomó apenas la cabeza y oyó otra vez a la voz grave decir:

—¡No temas! Yo desde acá arriba, solo debo proteger este bosque de visitantes indeseables. Debo decidir a quién le permito entrar y a quién no. Y volvió a preguntar: —¿Tú quién eres y de dónde vienes?

Ella, muy sorprendida, primero buscó en el cielo a ver quién le hablaba, y por fin encontró un árbol que la miraba fijamente, pero con cierta amabilidad. A ella igual le pareció inmenso. Entonces, muy tímidamente le contestó:

—Soy Lola y vengo de Trevelin. Usted, ¿quién es?

—Yo soy el portero de este bosque que está formado por las familias originarias de este suelo. Aquí solo encontrarás familias nativas de árboles y plantas.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Lola.

–Me llamo Alerce y vivo aquí hace muchos, muchos años con mis primos Ñire, Coihue y la tía Maitén, cada uno con sus propias familias.

–¿Dónde estoy Señor Alerce? ¿Puede ayudarme?

Don Alerce respondió con voz vieja y profunda:

–Estás en la entrada del Bosque Nativo. Nosotros vivimos apartados de los demás bosques, para defendernos de la invasión de los Pinos.

–¡Sr. Alerce, me he perdido! –lloró Bola.

–Por la enorme nevada no puedo encontrar el camino a mi casa. ¿Habrá alguna familia de árboles que me pueda alojar, mientras se calma la nevada y se derrite la nieve?, tengo mucho frío y algo de miedo

–Sigue por este camino hasta encontrar al Sr. Helecho Pesebre, que tiene muchos hijos y están siempre muy unidos. Dile que has hablado conmigo. Los Helecho son muy generosos y suelen separarse para albergar a animales extraviados o en peligro que pasan por aquí y luego se vuelven a unir para ocultarlos. No te recomiendo ni a Doña Michay, ni a Don Calafate, porque son muy pinchudos y desconfiados. No serían capaces de solidarizarse contigo.

–Muy bien, muchas gracias Sr. Alerce, hacía allí me encaminaré.

Don Alerce la miraba alejarse y le daba mucha lástima verla llena de copos de nieve adheridos a sus pelos largos. Pensaba: “¿Por qué se le pegarán así? Parece un arbolito de Navidad avanzando sobre

cuatro patas”. Él no sabía que ella era una perra que viene de tierras más cálidas, y no puede soportar tanta nieve como los de aquí.

Bola cada vez sentía más frío y algo vacía su pancita. Trataba de apurarse a llegar hasta la familia de Helecho Pesebre, porque se estaba haciendo de noche. Al fin la divisó y luego de explicarle su problema, los Helecho abrieron un hueco y la dejaron entrar.

Ella extrañaba tanto a su familia humana que comenzó a llorar. Además, notó que sus patitas se iban durmiendo, así que las movió con mucha rapidez, pues si se dormía totalmente, sabía que corría un serio peligro. Tanto lloró y se movió, que al final, entre todo eso, más el cansancio que ya traía, se quedó dormida de verdad y de pronto no sintió más el frío paralizante. –“¿Me habré dormido para siempre?”. Y esto, lejos de entristecerla, le encantó, porque en ese estado se sintió muy cómoda. “¡Qué inteligente la familia Helecho que hasta tiene como un hueco, para que los visitantes se acomoden en él!”.

Al derretirse la nieve en su cuerpo, ella creyó que hasta le daban calor. Y se dijo: “¡Qué lástima que no se lo voy a poder contar a los otros animales de la tierra”.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Ni cuantos días y noches habían pasado.

De pronto, un sonido de pájaros cantando y varios ladridos familiares le hicieron abrir unos ojos asombrados. Y allí se encontró con los saltos alegres de la perrita vecina de su casa, que daba vueltas a su alrededor.

Bola pensó: “¿Estaré en el paraíso de los perros?”

Entonces preguntó: –¿Dónde estoy? ¿Cómo estás tú aquí?

A lo que su vecina le contestó: –Te estuvimos buscando por todo el barrio con tus amigos y tu familia humana. Estás en un bosque, en la casa de la familia Helecho Pesebre. Cuando me escucharon llamarte, me avisaron que estabas aquí. Entonces Bola se dio cuenta de que estaba viva, que había dormido tanto que, a pesar del frío, la nieve se había derretido, y ahora podría buscar el camino a su casa.

Muy apurada se levantó y luego de agradecer a la familia Helecho con ladridos, saltos y lengüetazos, por tantas atenciones recibidas, partió en busca de su casa acompañada por su vecina.

Iban las dos saltando de emoción, pensando en la rica comida que les darían por la alegría del reencuentro.



MOSQUEFATE



Graciela Fernández Coronel

Heriberto se despertó muy temprano esa mañana.

–Brrrr!!!! ¡Qué frío! Ahhhhhohhh, –bostezó. Y con la pantufla del pie derecho acarició a Desiderio, el gato remolón de la casa que se estiraba junto a la estufa. Los leños crepitaban en una danza de corcheas revoltosas.

Mientras esperaba a Josefina...–Mmmmmm ide solo pensar en ella, se me entibia el corazón! ¡Es tan bonita con sus trenzas castañas y su dulce sonrisa de chocotorta!

Y con ese pensamiento ya disfrutaba del paseo que había organizado para esa fría jornada.

–Atravesar el bosque en otoño es... como algo mágico –se decía Heriberto. –Iremos juntando hojas amarillas, rojas y marrones, ramitas y algunas flores que el verano dejó olvidadas junto al arroyo.

Un tintineo de cascabeles llamó a la puerta lobeliazul. *–¡Jo!, llegaste temprano. Te estaba esperando con un nesquik.*

–¡Gracias, gracias! ¿Cuál es el plan para hoy? Traje la mochila del cole por si juntábamos hojas, ramitas y flores.

Desayunaron copiosamente y se dispusieron a emprender la aventura por ese bosque que en otoño siempre les parecía mágico.

Enfundados en las camperas de abrigo, iniciaron la caminata. Se desprendían chispitas de los paredones de ñires y lengas que entibiaban el paisaje.

Promediando el mediodía, llegaron a la cascada de los arrayanes.

Decidieron almorzar junto al espejo de agua que descendía serpenteando formando un arroyo.

Compartieron el pan casero que les había preparado la mamá de Heriberto y el queso de oveja que Josefina había comprado en el almacén de don Felipe. Una improvisada mesa de tronco de alerce fue parte del picnic.

–Y si jugamos a las estatuas? Josefina ya inventaba poses reflejándose en el arroyito.

–Síiiii ¡A la mancha congelada! –respondió Heriberto entusiasmado.

–Pero... ¿qué estás haciendo Jo? ¡No vale hacer trampas! ¿Qué es este bonete que veo en mi cabeza?

Heriberto volvió a mirarse en el espejo del agua... y ¡el gorro había desaparecido!

–Mmmmmmm ¡qué raro! Yo no traje esta capucha dorada... si mi campera es roja.

Jo no salía de su asombro.

De pronto, el bosque se oscureció por completo. Y comenzaron a escuchar ruidos aquí y allá.

–Heriberto, ¡¡¿dónde estás??!! –Josefina, presa del miedo, buscaba a tientas.

–Jo, ¿qué pasa? ¡Cuidado! ¡Está creciendo el arroyo y viene hacia nosotros!

–¡Un pajarraco me arrancó mi vincha! ¿Qué pasa? –Jo temblaba asustada. En

escasos segundos, todo volvió a la normalidad.

Los dos amigos se miraron y dijeron al unísono:
–¡Es que el bosque en otoño parece mágico!

–¡Pamplinas! ¡Soy yo el que quiere jugar con ustedes!

Con una sonrisa de abedul y una voz de avellano, el extraño personaje se presentó:

–Soy el duende Mosquefate y hago dulce de mosqueta y calafate en un cuenco perfumado de eucalipto. ¿Quieren probar?

¡Es delicioso! –dijeron a coro.

Treparon a los árboles descubriendo escondites que ni se imaginaban. Inventaron una rayuela en un claro del bosque.

–Jo, ¡Es muy tarde! ¡Tenemos que regresar!!

–Cómo, ¿ya se van? Tengo que buscar mis botitas verdetrébol para saltar. Si no, ¿Cómo cruzaré el arroyo para reunirme con mis seis hermanitos?

Heriberto y Josefina buscaron y buscaron hasta que detrás de una retama vieron un precioso par de botitas verdetrébol.

–¡Acá están, acá están!! –¡No se vayan todavía! Necesito mis anteojos y mi brújula para encontrar el camino a casa.

–Pero si los tienes en el bolsillo de tu chaleco – le contestó Jo con el ceño fruncido. Algo no le gustaba y ella lo iba a averiguar. Heriberto advirtió la pena y el llanto inminente de Mosquefate.

–¿Sabes? En casa todos son grandes y se van a trabajar desde muy temprano. Desde que el Ogro Cardortiga cerró la escuela para duendes ya no tengo a nadie para jugar y conversar.

–¡No te preocupes! Prometemos regresar cada martes y viernes para reencontrarnos.

Y feliz, Mosquefate ensayó unas piruetas y trashh trashh, con las hojitas, ramas y flores que fue encontrando formó tres corazones: uno amarillo, otro marrón y otro rojo mientras cantaba:

–“Soy el duende Mosquefate, hago dulce de mosqueta y calafate en un cuenco perfumado de eucalipto”.

–¡Estos tres corazones serán nuestro pacto de amistad!

Jo los miró y dijo:

–Es que... el bosque tiene eso de mágico en otoño, ... ¿no?



**ÉRASE UNA VEZ
UN VIAJE CON
DINOSAURIOS**



Cecilia Glanzmann

A Felipe y Ana les gustaba jugar con su amigo Chispisaurio. Lo habían conocido en uno de sus cuentos favoritos cuando eran más chicos, se reían con él. A veces papá y otras veces mamá, les leían un libro con dinosaurios en un bosque con árboles gigantes. Gigantísimos. Y Chispisaurio vivía en ese bosque junto con otros saurios. Ana y Felipe sabían que su amigo del cuento comía hojas y hierbas y que corría dando pasos muy largos, a veces con saltos. Y que los árboles eran más enormes que él.

Ana y Felipe, ya un poco más grandes, volvieron a ese libro. Se reencontraron con Chispisaurio. Un domingo, Chispi se escapó del libro para jugar con ellos. Ana y Felipe le contaron que la Señora de la escuela les había dicho que el gran Museo de los Dinosaurios invitaba a los chicos a un *pijama party*. No vivían cerca, pero la abuela los llevó.

No podían creer el estar allí. Chispisaurio había viajado con los dos. Felipe y Ana eran tan curiosos que le preguntaban y preguntaban, pero Chispisaurio ya se había cansado de escucharlos. No quería decirles nada. Él también estaba feliz. Y el corazón le latía réquete fuerte.

Había otros chicos. A todos, la Señora de ese museo les pidió compartir sus nombres y los hizo ponerse los pijamas. Les dijo: –Primero vamos a hacer una recorrida corta.

–¡Uauhhh!... ¡Tantos y tantos dinosaurios! –
decían mientras caminaban. El corazón de Ana y
Felipe era un reloj muy apurado y ruidoso. ¡Pero el
de Chispisaurio parecía un tambor! Estaba tan feliz.

–¿Dónde viven, Señó?

–Vivían –les contestó– en un bosque inmenso
con muchos árboles, como las araucarias, los alerces
y tantos más.

–Ah... vivían... se dijo asombrado Chispi. ¿Qué
habrá pasado? Entraron. Todos se asombraban aquí
y allá y la Señó les iba explicando. Chispisaurio
comenzó a gritar:

–¡Ahí está mi amigo Trinisaurio! La señó se dio
vuelta, sorprendida, pero Chispi se quedó calladito.
La escucharon con una sorpresa enorme. Este que
ven aquí es un Pterosaurio o reptil volador. Tenía
alas de un metro a un metro y medio. Voló hace
ciento setenta millones de años. Es decir, hace
mucho. Mucho. Volaba como las aves de ahora, en
un tiempo que se llamó Jurásico. Fue el más antiguo
volador del planeta.

–¿Fue? –dijo Chispisaurio y lo miró a Trinisaurio,
porque sabía que él era de esa familia de voladores.
Y sin esperar a que los chicos dijeran ah y ohhh ni
nada, y que la Señó y los demás se dieran cuenta, le
preguntó si los llevaría a dar un paseo.

–¡Claro que sí! –dijo Trini. –Súbanse–. Y los tres estuvieron de un salto enorme arriba de Trini, ayudados por Chispisaurio. Los demás chicos seguían muy entretenidos y ya en otra sala. No lo vieron levantar vuelo y salir por la puerta automática de la entrada. Se elevó y voló hasta entrar en el bosque. Era de noche, pero con Chispisaurio no tenían miedo alguno. La luna llena, como una pelota de tenis gigante, iluminaba todo.

–¡¡¡Ana, allá está!!!

–¿Qué está?

–Ese alerce abuelo de todos los abuelos alerces que tiene un tronco grandísimo.

–¡Ah, sí! papá nos contó que él lo conocía, y que lo habían rodeado con los brazos extendidos entre seis hombres cuando habían ido a pescar a la cordillera. Y que apenas podían tocarse los dedos de las manos.

Trinisaurio estaba tan contento que giró de golpe. Chispisaurio cayó en una laguna extraña y Felipe y Ana quedaron cerquita del árbol abuelo. La luna se había escondido detrás de las nubes y todo se puso oscurísimo.

–Ay, Felipe, ¡¿Qué pasó, ¡¿qué haremos?!

–Ya vendrá Chispisaurio. Tranquila.

Pero no aparecía y cada vez sentían más frío. Se abrazaron y empezaron a llamar a los dos. Chispisaurio se había hundido un poco en el barro y aún no lograba salir. Y Trini se había enredado en unas lianas que colgaban por todos lados en ese bosque, y no podía liberarse. Se escuchaba el sonido tremendo de otros saurios que andaban por ahí.

De pronto, un gnomo con bonete naranja salió de adentro del hueco, en la raíz del alerce abuelo y llamó a dos de sus hermanos. Había escuchado todo. Se apareció a los chicos, que no estaban lejos.

–Vengo a buscarlos. Los llevaré a mi casita en el gran árbol y él los cuidará. Con mis hermanos, que ya llegaron, buscaremos a Chispi y a Trini

–¡Al salvataje! –dijeron los tres. Y se colocaron las linternas que usaban para trabajar en la montaña cercana, porque eran mineros. Árbol Alerce abuelo bajó hasta Ana y Felipe algunas de sus inmensas ramas y les dijo:

–Aquí les hago una linda cama, con un acolchado. Ya van a llegar sus amigos, los gnomos fueron a buscarlos y les iluminarán el camino.

–¿En serio?

–¡Claro que en serio! Mientras, les contaré algunas historias que he oído de los visitantes que han andado por aquí, cuando ya no estaban los dinosaurios.

–¡Ohhh, ahhh!,...

–Shhhh... He escuchado de un lobo al que le decían feroz, cuando hablaban de Caperucita Roja. Realmente era muy malo y engañó a esa niña y a su abuelita.

–¿Aquí vive ese lobo feroz?

–¡No, no, no! Pero si llegase a aparecer los esconderé y ni se dará cuenta. Los cuidaré como a mis nietos y a mis tataratataratataranietos. También..., supe de unos niños que se llamaban Hansel y Gretel. Los mandaron al bosque porque su padre y la madrastra no podían darles de comer... Y de otra madrastra perversa que no quería a Blancanieves y la envió al bosque con un... Uy, creo que se han quedado dormidos. No sé si me han oído, porque no me han hecho ni una pregunta.

Mientras tanto, los tres gnomos hermanos, el de bonete naranja y el de bonete azul y el de bonete amarillo, habían llegado donde estaba Chispisaurio, saliendo todo embarrado de esa laguna.

–Hola, hola, hola –le dijeron. –Te estamos buscando para que te encuentres con tus dos niños amigos. Pero antes... te llevaremos donde hay una cascada, allí te sacarás todo ese barro.

Y así hicieron. En el trayecto, Chispi escuchó a Trini que lo llamaba. ¡Aquí estoyyy! ¡¡¡aquí!!!...

–¡¡¡Te escuchooooooo!!! Y Trini apareció con algunas lianas todavía enredadas en sus alas. Venía dando grandes zancadas y, de paso, como tenía hambre, comía hojas y ramas, como todos los Pterosaurios. Ya estaba empachado de haberse tragado varias lianas. Como la cascada se hallaba a dos o tres metros, Trini aprovechó y se bañó.

–Menos mal que estos gnomos nos han encontrado y nos ayudan. De todos modos... ¡je!, yo conozco este bosque como nadie –dijo Trinisaurio.

–¡Je, ja!, ¡¡¡se nota, jo!!!, pero te enredaste lindo...

–Es que hacía mucho que no venía. Viste que estaba en el Museo grande.

–Bien, dijeron los tres gnomos a la vez. Ya está amaneciendo. Los llevaremos donde están durmiendo los chicos, protegidos por el árbol abuelo, el gran alerce.

Se iban cruzando con unas araucarias altísimas, a las que, que en otro tiempo los mapuches llamaron pehuenes.

Por fin llegaron los cinco. Los chicos se estaban desperezando.

–Hola, hola, tenemos que volver. Ya les contaremos lo que nos pasó. ¡Gracias gracias, gracias! queridos gnomos del bosque por haberlos protegido. Y por habernos encontrado –exclamaron con su voz ronquísima los dos.

–Y a mí que los cuidé, ¿no me dicen nada?

–¡Gracias, gracias, gracias, Árbol abuelo! –dijeron los dos hermanos. Y Trini les ordenó, impaciente: Ana, Felipe y Chispi, súbanse en mi lomo. Como el sol ya está apareciendo, volveremos a la casa de los Dinosaurios. Y así no se pierden el desayuno que tomarán los chicos, como final del *pijama party*.

Fue un viaje rapidísimo y estuvieron de pronto en el Museo. Trini se ubicó en el lugar de donde había salido, parecía una estatua. Chispisaurio se hizo de juguete. Y Ana y Felipe se unieron a todos.

–¡Ah, aquí estaban! ¿En dónde se habían escondido? Los busqué y busqué y luego pensé que estarían durmiendo en algún rincón del museo. Aquí tienen su ropa.

–Sí, eso nos pasó, Señor. Nos dormimos debajo de una escalera. Pero fue hermoso lo que...

–Ana, ssshhh, no digas.

–Creo que soñé algo muy raro y mi hermana creo que algo parecido.

–Todo bien entonces. Lástima que ya los vendrán a buscar. Me hubiese gustado que nos contaran sobre eso. Pueden escribirme o mandarme dibujos. Siempre estoy en el museo. Me parece que lo han pasado muy lindo, aunque... no estuvieron con nosotros, traviosos.

Y les guiñó un ojo, a la vez que les acarició la cabeza.



DESPUÉS DEL INCENDIO



Arié Lloyd de Lewis

Cuando la creación hizo un alto en Epuyén, dejó allí, parte de sus maravillas... Cipreses, alerces, notros, radales y pinos se reunieron en los bosques. Las lengas se quedaron en la ladera de las montañas para colaborar con la tonalidad del paisaje, mientras las retamas y los lupinos bordeaban los senderos que llegaban al lago.

–Mamá ¿puedo preguntarte algo?

–¿Qué quieres saber?

–¿Cómo es el paraíso?

–¿El paraíso?... y... y...

¡Uy! Rosa, fíjate por favor dónde están tus hermanos...

–Están jugando entre los troncos negros, pero se divierten.

–¿Qué podemos hacer, ya estamos acostumbrándonos al tizne y a la ceniza.

–El paraíso, mamá. Te pregunté cómo es el paraíso.

–Bueno, el paraíso es... es un lugar maravilloso, con árboles, pájaros y flores brindando color, canto y perfume a la alegría del paisaje. Un paisaje siempre iluminado por una luz cálida, que envuelve todo como el amor.

–¿Hay montañas allá?

–Sí, con cimas nevadas que sueltan lágrimas de felicidad, para caer en las cascadas y en los arroyos que acarician las plantas y amamantan a los animales y a las almas que acuden a sus fuentes.

–¿Acarician a los perros también?

–Por supuesto.

– ¡Ah!... Entonces nosotros, hasta ahora, hemos vivido en el paraíso, mamá. Porque desde que yo nací el lugar que siempre veía, era así. Así. Pero el incendio se comió nuestro bosque, no nos dejó vivo ni un solo tronco. Qué triste estoy, mamá...

– Todos estamos tristes, Rosa querida, toda la comarca. Nos hemos quedado sin nada, pero tenemos que estar contentos porque como familia estamos juntos y sanos. La vida no se puede comprar, pero las cosas sí.

–Y el Tobi... mi Tobi no se puede comprar, aunque tenga mucho dinero.

–Seguro que pronto conseguiremos otro perrito.

–Yo no quiero otro perro. Estoy segura de que el Tobi ha corrido ligero, tan ligero que el incendio no pudo alcanzarlo. En la Enciclopedia para los Niños leí que los animales se dan cuenta de cuando viene el fuego. ¡Estoy segura de que él volverá!

–Es cierto. Los animales perciben olores y ruidos antes de que lo adviertan las personas...

–¡Cómo nos divertíamos cuando jugábamos a las escondidas en el bosque! Aunque estuviésemos arriba de los árboles sin hacer un solo ruido, él siempre nos encontraba. Y cuando cantaba la loica en el ciprés, se quedaba quieto para escucharla.

–Mira hija, papá ha vuelto y trae unos postes. ¡Ojalá alcancen para levantar la casa!

–Sí, mamá, ¡ojalá!, era tan lindo tener un techo alto y paredes firmes...

–Rufino ¿qué conseguiste?

–Apenas pude rescatar unos pedazos, no se ha salvado ni un solo palo que valga la pena. Tendremos que seguir viviendo en la carpa, hasta que vengan tiempos mejores.

–Así estamos todos, Rufino, los que vivimos aquí en la comarca. Mientras podamos estar juntos, saldremos adelante.

–Mira, papá, viene don Julio.

–Buen día ¿cómo anda vecino?

–¡Con buenas noticias!

–¡No me diga! falta nos hacen...

–Ha venido mi pariente de Las Golondrinas y me ofrece unos árboles secos que se salvaron en la ladera que daba al este, en su campo. Me presta su camión para el traslado, siempre que yo me encargue de

cortar los postes, cargarlos y todo lo demás. Lo que sí, necesito ayuda. Y... vamos a medias.

– ¡No siga, vecino, aquí estoy yo! Los traigo a la rastra si hace falta.

– Don Julio, por favor ¿puede preguntarle a su pariente si ha visto al Tobi por Las Golondrinas?

– Descuida Rosa, ¡cómo no! Sé lo que ese cusquito blanco significaba para vos.

– Significa, don Julio, porque él volverá, lo sé. No se va a perder por lejos que se haya ido y nosotros, su familia, estamos aquí.

– Vengan a la carpa hijos, vamos a comer algo. ¡Qué alegría! Esta noticia es como si hubiese salido el sol de repente.

– Mamá ¿ahora tendremos que vivir por siempre entre cenizas y tizones?

– Por un tiempo, sí. Pero la naturaleza es sabia, el viento traerá semillas en cada ráfaga y la lluvia las regará. Además, algunos árboles esconden un poco de savia en su raíz más profunda y después, con la humedad, suben sus ramas otra vez.

– En la escuela nos contaron de la reforestación.

– Re - fo - res - ta - ción. Reforestación es volver a plantar donde la vegetación se ha secado o se ha quemado, como sucedió en nuestro bosque.

– ¡Ah! ¿sí? entonces ya no estoy tan triste... Pero igual no puedo dejar de extrañar al Tobi.

– ¿Papá podrá hacer la casa otra vez?

– Sí, Pedro, con la ayuda de todos nosotros.

– Mira, Rosa ¿qué es ese bulto que se mueve detrás de los escombros, donde estaban los corrales?

– ¿Dónde? ¡ay! con tanta ceniza en el aire me arden los ojos. El viento que se ha levantado no me deja ver.

– ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

– ¡Es el Tobi! ¡es el Tobi! ¡mi Tobito! ¡mi Tobito, yo sabía que eras más rápido que el fuego! ¡No importa que ahora te hayas vuelto gris!

– ¡Mamá, cuando vuelva papá con los troncos, estaremos en nuestro paraíso otra vez!

Las autoras:

Margarita Josefa Borsella nació en Esquel, (Chubut). Química de profesión. Fue docente en los niveles secundario, terciario y universitario en Chubut. Integró la Comisión directiva de la Biblioteca Popular “Ricardo Berwyn” de Gaiman. Es miembro del Grupo Literario Encuentro. Autora de cinco libros para adultos y uno infantil de cuentos. Recibió el Primer Premio Internacional de Biografía y Autobiografía de la Ciudad de México, y otros premios regionales y nacionales.

Stella Maris Dodd: es argentina. Nacida en Lavallol (Buenos Aires), pero vive en Chubut desde 1954. Licenciada y Prof. en Letras, escritora, bibliotecóloga, investigadora, y hacedora cultural. Tiene unos cinco libros editados y sus obras también están en antologías, revistas, manuales, periódicos y otros medios. Tiene varios premios literarios y de investigación. Es miembro de la Academia de Literatura Infantil y Juvenil y fundadora del Grupo Literario Encuentro.

Graciela Fernández Coronel: Nacida en Gaiman, (Chubut). Profesora para la enseñanza Primaria y Profesora de música. Integrante del Taller del Escritor y Grupo Literario Encuentro. Miembro de la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil. Ha obtenido premios en poesía y prosa. Medalla de Oro en el Eisteddfod de la Juventud, año 1973, Corona del poeta en Eisteddfod Trevelin año 2017 entre otros premios. Coautora en once Antologías y autora de Garabatos de sol, libro para niños. Actualmente reside en Trelew.

Cecilia Glanzmann: es argentina. Nació en Bell Ville (Córdoba). Reside desde 1972 en Trelew (Chubut). Educadora en todos los niveles. Escritora. Hacedora cultural. Veinticinco libros editados de poemas, de cuentos para niños, de educación. Sus obras están en antologías, revistas, páginas web y otros medios. Numerosos premios y

distinciones. Es Miembro de Número en Academia de Literatura Infantil y Juvenil. Fundadora del Grupo Literario Encuentro–Chubut.

Arié Lloyd de Lewis: nació en Chubut. Es docente e Investigadora de la historia regional, con dos libros de esa temática: “Semblanzas de luna” y “Desde el aula entre las matas”. Desde niña escribe poemas y también cultiva el género lírico mediante la recitación. Ha editado el poemario: “Sur y Huellas”. Participó en Antologías de carácter, poético, histórico y educativo. Algunas de sus obras han sido traducidas al galés. Ha recibido distinciones en diferentes oportunidades. Pertenece al Grupo Literario Encuentro y al Círculo Bárdico del Chubut.

La ilustradora

María Valeria Glanzmann: es argentina, nacida en Trelew (Chubut) con nacionalidad española, donde reside actualmente. Hija de la escritora Cecilia Glanzmann. Desde pequeña ama crear personajes e historias. Ganó algunos premios de dibujo y literatura. Estudió diseño gráfico. Dio clases de manualidades a niños y adultos en Argentina y en España. Ilustró unos diez libros y tiene tres aún en proceso de publicación. Ha ilustrado también libros digitales de la Academia de la LIJ. Sigue trabajando en nuevos proyectos artísticos

El compilador

Marcelo Bianchi Bustos: es argentino. Doctor en Literatura Comparada y Especialista en Literatura Infantil. Presidente de la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil. Director del Departamento de LIJ del Instituto Literario y Cultural Hispánico. Premio Hormiguita Viejera de la Biblioteca Madre Teresa de Virrey del Pino.



Índice

Al niño que lea este libro y A los mediadores

(maestros, padres, abuelos, tíos, etc.),

Dr. Marcelo Bianchi Bustos 3

ENTRE DUENDES, BRUJAS Y HADAS

Margarita Borsella 9

LOLA SALE DE PASEO Stella Maris Dodd . . 13

MOSQUEFATE Graciela Fernández Coronel . . 21

ÉRASE UNA VEZ UN VIAJE CON

DINOSAURIOS Cecilia Glanzmann 29

DESPUES DEL INCENDIO

Arié Lloyd de Lewis 39

Las autoras 44

La ilustradora 45

El compilador 46



Juguemos en el bosque / Cecilia Glanzmann... [et al.] ; Compilación de Marcelo Bianchi Bustos ; Ilustrado por María Valeria Glanzmann. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial AALIJ, 2024.

48 p. : il. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-48376-9-1

1. Cuentos Infantiles. 2. Cuentos con Animales. I. Glanzmann, Cecilia II. Bianchi Bustos, Marcelo, comp. III. Glanzmann, María Valeria, ilus.
CDD A863.9282

Diseño y edición de María Fernanda Macimiani IG @macimiani

~PUBLICADO EN MAYO 2024~

Marzo de 2026 – Edición Digital para uso educativo

PROHIBIDA SU IMPRESIÓN Y CUALQUIER USO ECONÓMICO DE LA
OBRA SIN PERMISO EXPRESO DE LAS AUTORAS

Argentina



EDITORIAL AALIJ

academiaargentinelij.org/



ISBN 978-987-48376-9-1



9 789874 837691



Margarita
Borsella



Stella Maris
Dodd



Graciela
Fernández
Coronel



Cecilia
Glanzmann



Arié Lloyd
de Lewis

María Valeria
Glanzmann



Dr. Marcelo
Bianchi Bustos



Somos todos amantes de leer y de escribir. Leer nos lleva a imaginar, a pensar, a ser creativos, a conocer. Y leer cuentos como los que aquí te esperan, nos harán muy felices a todas, que los hemos realizado con mucho amor.

Las autoras de los cuentos, Margarita, Stella, Graciela, Cecilia y Arié, somos del sur patagónico de Argentina, igual que la ilustradora, aunque reside en España.

Hace años que nos dedicamos a hacer cuentos, poemas, obritas de teatro para niños. Y María Valeria, a dibujar y pintar. Marcelo está al frente de una Academia con muchos que escriben para chicos. El Dr. Marcelo Bianchi Bustos nos dio una conferencia maravillosa sobre la magia del bosque en los cuentos infantiles. Y lo hizo en una Feria Provincial del Libro de Gaiman, en Chubut. Nos gustó tanto, que pronto nacieron estos cuentos que están en este libro.

